

deseaban ser anáthemas por sus hermanos, y así, alcanza quanto pide.

Los ruegos de Salomon fueron agradables à Dios, porque pedia sabiduria: la oracion de Francisco fue agradable à Jesu-Christo, porque pedia la conversion, y eterna salud de sus proximos: ¿ cómo era posible, que un Dios, que desea la salvacion de todos los hombres, resistiese à una oracion tan pura, tan desinteresada, y tan conforme à su amor? Este espíritu de San Francisco ha hecho que este prodigio sea tan admirado, y aplaudido de los hombres mas santos, y doctos, que ha tenido la Christiandad.

San Bernardino de Sena, San Antonino, Santa Brigida, estas grandes almas que fueron gloria de su siglo, y consuelo de la Iglesia por su heroyca santidad, su zelo, y las maravillas de su vida, respetaron siempre, y admiraron este singular favor, que el Cielo concedió à San Francisco: las mas célebres Universidades de España, Italia, y Francia, han mirado siempre este milagroso suceso como muy propio de la santidad de nuestra Religion, y muy conforme à la Doctrina de la Iglesia: el Cardenal Belarmino, uno de los mas famosos Controversistas, le defendió contra las censuras de los Herejes, y Libertinos.

Admiremos, pues, Catolicos, en San Francisco de Asis, el espíritu de Religion con que pide, y alcanza de Dios el Jubileo, ò Indulgencia de la Porciuncula, y veneremos el espíritu de la Iglesia, que abraza, y publica esta Indulgencia: este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA Iglesia, asistida de su divino Esposo, obra siempre conforme à su espíritu: este espíritu, que es sabiduria, y luz, la mueve à abrazar las maravillas, que la anuncia San Francisco; este espíritu, que es suavidad, y clemencia, la hace estender à todos los fieles las gracias que ha obtenido del Cielo San Francisco; y este mismo espíritu, que es verdad, y santidad, la obliga à instruir à los fieles en el modo de hacerse dignos de merecer las gracias que Jesu-Christo concedió à San Francisco: estadme atentos, Catolicos, pues son muy importantes para vuestra instruccion los puntos que voy à tratar.

Esta misma Iglesia es la que decide acerca de la santidad, y milagros de los Siervos de Dios; luego que la Iglesia habla, todos los fieles tributamos cultos à los Heroes de la Religion, y publicamos sus virtudes, y milagros, las obras del hombre, y las obras de Dios, lo que ellos hicieron para santificarse, y lo que Dios hizo para honrarlos; y alabamos à un mismo tiempo sus heroycas acciones, y la gracia que les dió fuerzas para ejecutarlas: aquellos milagros, que no han sufrido el exámen de la Iglesia, no deben publicarse, y siempre debemos mirar como sospechosa qualquiera otra autoridad, distinta de la de esta Esposa de Jesu-Christo.

La santidad extraordinaria, los prodigios, las profecías, las revelaciones, todo es sospechoso para un verdadero, Catolico, quando nó está aprobado

por la Iglesia; nada de esto merece nuestras admiraciones, y respetos, quando carece de esta tan esencial circunstancia; en todo puede caver sospecha de ilusion, de vanidad, ò de heregía; pero luego que la santidad extraordinaria, las profecias, y los prodigios, reciben esta autoridad que los confirma, y aprueba, todos debemos respetarlos, y venerarlos.

De este modo se portó, Señores, San Francisco: era Catolico, sincero, è hijo obediente de la Iglesia, y asi inmediatamente la dá cuenta de los favores, que ha recibido del Cielo: sujeta al examen, y al juicio de Honorio III. que entonces gobernaba la Iglesia, quanto havia visto, quanto havia oído, y quanto Dios le havia prometido en la Capilla de Porciuncula: la voz de aquel Sumo Pontifice instruye à los fieles à cerca de este prodigio, y con su autoridad le expone à la pública veneracion de los fieles; todo se obra en este caso con arreglo al espiritu de Jesu-Christo.

La Iglesia ha manifestado en todos los siglos este espiritu de sabiduria, y de luz, que distingue las obras de Dios de las del hombre, los caminos extraordinarios por donde guia à algunas almas, de las sendas ocultas por donde quiere llevarlas el comun enemigo, las inspiraciones del Espiritu Santo, de las astucias de Satanas, y la verdad, de la mentira.

Si examinamos las historias, veremos en todos los siglos à este espiritu de sabiduria, y de luz, distinguiendo los prodigios de la gracia, de las obras del hombre; veremos à los impostores confundidos, su falsa santidad despreciada, desterrada su erronea doctrina, reprobados sus engañosos milagros, y ar-

rui-

ruinados los trofeos, que los havia levantado la credulidad de los Pueblos; pero tambien veremos al mismo tiempo honrados en sus fastos los verdaderos Siervos de Dios, los Thaumaturgos, y Profetas, veneradas sus revelaciones, y expuestas à nuestro culto: la Iglesia, luego que reconoce las obras de Dios, las abraza, y respeta.

Pues estas son, Catolicos, las poderosas razones, que nos mueven à venerar la solemnidad de este dia: la Iglesia, sabia, è ilustrada, ha abrazado el milagro, que hoy publicamos; nuestros respetos se fundan en su decision; y asi, conformandonos con su espiritu, debemos defenderle contra el dictamen de los criticos, y libertinos, que à él se oponen.

En los hechos maravillosos que se proponen à la creencia de los fieles se debe atender principalmente à tres cosas; à la doctrina del que los refiere, à la sentencia que defiende, y quiere establecer, y à las ideas que publica de sí mismo: si el que propone un hecho milagroso, no es obediente à la autoridad de la Iglesia, no debemos pararnos, ni aun à examinarle; si las sentencias, que quiere confirmar con las maravillas que publica, se hallan condenadas por la Iglesia, no debemos creer, que Dios es autor de ellas; si intenta grangearse la estimacion de los hombres por este medio, desde luego debemos mirar los prodigios que refiere, como ilusion, y sobervia: estas reglas, Catolicos, son en todo conformes al espiritu de la Iglesia.

Supuestos estos principios, ¿à quién podrá causar admiracion, que la Iglesia haya abrazado el milagro del Jubiléo de la Porciuncula? San Francisco de Asis era

era un Catolico sincero, y obediente à la Santa Silla, y el azote de los Hereges de su tiempo: las maravillas que refiere, no autorizan novedades, sino que publican la clemencia de Dios para con los pecadores penitentes; las cuenta, no para que los hombres formen altas ideas de su virtud, sino para que las confirme la legitima autoridad: en este modo de proceder, está resplandeciendo, Señores, el espíritu de la Iglesia: este espíritu la movió à abrazar las maravillas que la refiere Francisco, y à estender à todos los fieles las gracias que Francisco los havia alcanzado del Cielo.

El amor que la Iglesia tiene à todos sus hijos, la movió à estender à todos la famosa Indulgencia de la Porciuncula: al principio solamente se concedió esta gracia, à aquellos que visitasen el lugar santificado con las oraciones, y lagrimas de San Francisco: estas gracias tan singulares, solamente se recibian en aquel célebre Oratorio, en donde Jesu-Christo se apareció à su Siervo, y fueron como la dedicacion solemne del Orden de San Francisco.

Estas gracias me traen à la memoria las que el Señor hizo à Salomon, despues de haverle este Rey edificado aquel famoso Templo, que fue la admiracion del universo, y despues de haver celebrado su dedicacion con una pompa, y magnificencia, que infundia el mayor respeto en los corazones del Pueblo: el Señor se le apareció en aquel santo lugar, le llenó de su magestad, y su gloria, y le dixo al mismo Salomon: yo he oído tus ruegos: *Exaudi orationem tuam*: mi Pueblo experimentará en este santo lugar mi clemencia, y mi misericordia, luego que

yo

yo le vea arrepentido de sus delitos: le llenaré de favores, y enjugaré sus lagrimas; suspenderé las plagas que le afligen; me olvidaré de sus ingratitudes; en este lugar seré Dios de clemencias, y no Dios de venganzas, usaré de indulgencia, y me manifestaré propicio à los pecadores penitentes.

Ved aquí, Catolicos, una fiel pintura del divino espectáculo, que vió San Francisco de Asis en la Capilla de Porciuncula: en esta vision se advierten las mismas promesas, y las mismas circunstancias: la dedicacion del primer Oratorio del Orden de San Francisco no es menos lucida, ni menos sumptuosa, que la del Templo de Salomon: San Francisco ora en su Templo, como oró en el suyo aquel Principe pacifico; Dios oye su oracion, y le hace extraordinarias promesas à favor de los pecadores penitentes; pero advertid, Señores, que esta Indulgencia, en el principio solamente se concederá à los que oren en aquel lugar santo: *In loco isto*. Solamente en aquel Templo podia ganarse: allí concurría innumerable multitud de Pueblo; las personas mas distinguidas de la Iglesia, y del Estado, todas acudian con ansia à aquel santo lugar, para enriquecerse en él con los dones celestiales.

Esta Indulgencia se estendió despues à todos los Conventos del Orden de San Francisco, y consiguientemente à todas las Ciudades, Provincias, è Imperios; la Iglesia por su piedad quiso, que todos sus hijos gozasen de este beneficio; animada de aquel espíritu de clemencia, que su Divino Esposo manifestó siempre à los pecadores penitentes, concedió à todos sus hijos, que pudiesen gozar de este singular

lar

lar favor en todos los lugares, sujetos à su autoridad; por lo que los Soberanos Pontifices declaran en sus Bullas, que todos los Conventos del Orden de San Francisco gozan del mismo privilegio, que la Capilla de Porciuncula: la misma autoridad que abrazó esta Indulgencia, la estendió à todos los lugares de la tierra: la Iglesia abre los tesoros de gracias, que Dios depositó en ella; gime como una casta paloma, deseando la conversion de sus hijos; no quiere asustarlos con rigores; condena el modo de proceder de aquellos austeros Phariseos, que aumentan los grados de la penitencia à medida de su gusto; no quiere dexarlos gemir mas largo tiempo en sus pecados, con pretexto de que experimenten su pesada carga; y hallandose al mismo tiempo animada del espíritu de verdad, y santidad, los instruye, para que no abusen del tiempo de la misericordia.

Aunque confesemos, Catolicos, que la Iglesia tiene poder para conceder indulgencias, muy poco adelantamos, si no seguimos el espíritu de verdad, y de santidad, de que ella está animada: el Jubileo, ó Indulgencia, que hoy predico, remite aquellos rigores, de que sois deudores, y no podeis practicar, pero en nada disminuye la severidad de la penitencia, que predicó Jesu-Christo: suple la imperfeccion de la satisfaccion, que debemos à la divina justicia, pero no autoriza la culpable condescendencia de que usais con una carne pecadora.

Si huviese algunos Catolicos tan ignorantes, que piensen que basta visitar una Iglesia en determinados dias, y horas, rezar ciertas oraciones, confesarse sin dolor, y comulgar sin amor, para quedar libres de

las

las penas, de que son reos por sus pecados, se engañan, y es muy reprehensible su conducta; porque la Indulgencia solamente nos escusa de aquellos santos rigores, de que nosotros no somos capaces; suple la imperfeccion de nuestra penitencia, pero no autoriza nuestra ociosidad, y regalo: para instruirse acerca de esta verdad, basta leer las Bulas, en que la Iglesia concede las Indulgencias, y esto basta tambien para confundir à los Hereges, y à quantos tienen la osadia de acusar de relajacion à sus gracias.

La Iglesia promete una Indulgencia, una gracia singular que suple los rigores de la penitencia, que no podemos practicar; ¿pero à quién concede esta gracia? à los verdaderos penitentes, à los que tienen su corazon penetrado de dolor, que lloran, gimen, y confiesan con humildad sus pecados: *Veré contritis, & confessis*. Seguid estas reglas, Catolicos, y no quebrantareis las de la penitencia: la Indulgencia será en vosotros suplemento de los rigores que no podeis practicar, y no titulo que os escuse para llorar vuestras culpas: la Indulgencia, que Dios usó con David, y con la Magdalena, no eximió à estos Santos Penitentes de las austeridades con que procuraron expiar sus pecados.

La Indulgencia, que Dios concedió à San Francisco de Asis en la Capilla de Porciuncula, no le dió motivo para ser menos mortificado, ni menos vigilante: su rigurosa penitencia duró tanto, como su vida: sus hijos, à quienes hizo participes de este singular favor, han continuado siempre, edificando à la Iglesia con los rigores de una santa penitencia; saben que las gracias, que concede el Cielo à los pe-

cadores, suponen siempre en ellos la penitencia, y santos rigores de que son capaces.

¿Qué penitencia puede ser, Señores, aquella en que no se halla ni odio del pecado, ni amor à Dios, y que no corresponde à la enormidad, y gravedad de la culpa? Esta penitencia es falsa, porque en ella no hace el hombre de su parte quanto puede, y la clemencia de Dios, solo suple lo que nosotros no podemos practicar: es verdad, que Jesu-Christo busca à los pecadores, que los acaricia quando los halla, que defiende à la muger adultera, à la Magdalena, y al hijo Prodigio, y que en todas estas ocasiones nos dá muestras de su bondad, y misericordia; pero tambien dá iguales muestras de su severa justicia, quando dice; si no haceis penitencia, todos perecereis.

Si el Señor no usára de misericordia con nosotros, nunca podríamos satisfacer à su justicia ofendida; quantos rigores practicasemos serían insuficientes; pero con la Indulgencia de un Dios que conoce nuestra flaqueza, la penitencia que nosotros podemos practicar, ya es suficiente: la aplicacion de los meritos de Jesu-Christo, y de sus Santos, dá valor à nuestra penitencia, y la hace agradable à los ojos del Señor, à quien tenemos ofendido: esta, Catolicos, es la Doctrina de la Iglesia, la que enseña à sus hijos, para que puedan aprovecharse de las Indulgencias que los concede, y para que juntando su satisfaccion con la de Jesu-Christo, que es de infinito valor, alcancen el perdon de las penas que merecen sus culpas, y consigan despues de esta vida la Gloria eterna: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTO DOMINGO
de Guzman.

*Messis multa, operari autem pauci, rogate ergo Dominum
messis, ut mittat Operarios in messem. Luc. c. 10.*

La cosecha es abundante, y los obreros son pocos: suplicad, pues, al dueño de la cosecha, que envíe Obreros para recogerla.

Estas son las palabras, que dixo Jesu-Christo à sus Discipulos, quando à vista de tantos Pueblos derramados por la redondez de la tierra, los consideró como ovejías faltas de Pastor que las gobernase; quando viendo tantos Pueblos sentados bajo las sombras, y tinieblas de la muerte, le pareció estar mirando un basto campo, cubierto de espigas ya maduras, y amenazadas de ser derribadas por la tempestad, por no haver segadores que las recogiesen, y encerrasen en los graneros del Padre Celestial.

El Salvador del mundo atendia entonces principalmente à la salud de las ovejías de Israel, por las que mas particularmente havia venido al mundo: la virtud de esta oracion debia manifestarse con mas especialidad à los Apostoles, à los que iba à enviar por toda la redondez de la tierra; pero como sabia que la gracia de la predicacion Evangelica, despre-